

El latido

Omri Rose

TRADUCCIÓN DE REYNOL PÉREZ VÁZQUEZ

LA OPERACIÓN FUE UN ÉXITO.

Mi corazón viejo y moribundo había desaparecido. En su lugar, una máquina.

El médico murmura palabras que no logro escuchar. El resonar leve de un zumbido que colma mis sentidos, el sonido de la vida, el sonido de mi nuevo corazón.

Alzo un brazo débil y frágil, llevándolo a mi pecho para percibir la sensación de un latido. El sonido se vuelve más fuerte.

—¿Alguna pregunta que quisiera hacer? —interroga el médico y yo niego con la cabeza, un movimiento que solía manifestarse de manera tan natural y se sentía como una montaña rusa.

El médico sonríe y coloca una mano tranquilizadora sobre mi hombro.

—Afuera hay algunas personas a quienes les gustaría verlo—. Se queda por un momento para ofrecerme un ligero apretón en el hombro antes de dar la vuelta y marcharse.

A solas.

El zumbido comienza a disiparse mientras caigo en la cuenta.

Mi corazón no volverá a latir de nuevo.

Un escalofrío recorre mi cuerpo y siento miedo y adrenalina, pero mi nuevo corazón, en lugar de latir más aprisa... zumba. La máquina va a funcionar, aumentando la intensidad del zumbido. Los engranajes, cables y tubos filtran mi ansiedad a través de mis venas.

No más latidos. Nada de bombear la sangre. Ahora sólo zumbar y filtrar.

Sin tiempo para pensar en el significado, las puertas se abren para dar paso a mi familia. Mi hijo, mi hija, mi amor...

Amor...

amada. ¿Puedo amarla todavía? ¿Los amaré? Mi putrefacto corazón ha desaparecido. Reemplazado. Cambiado por plástico y cables. ¿Qué pueden sentir ellos?

Una lágrima se acrecienta en mi ojo y yo giro la cabeza para esconderla.

—¿Papá? —mi hijo se acerca. Me toca la pierna y la sacude con cuidado—. ¿Papá?

Apenas logro escucharlo, el zumbido de mi corazón ahoga cualquier otro sonido.

¿Deben ellos oírlo también? ¿Cómo es posible que no lo oigan?

Finalmente vuelvo la cabeza y quedo frente a ellos.

Mi hijo valiente y arrojado se halla de pie cerca de mí, detrás de él su hermana y su madre. Me observan, me miran en espera de que hable, diga... algo.

Todos los sonidos han desaparecido, todos excepto el zumbido interminable, persiguiéndome con cada eternidad fugaz.

Abro la boca, formando palabras, pero todo lo que se escapa es un siseo.

Los he asustado. Me miran, pena y miedo en sus ojos. Mi hijo se vuelve hacia su madre, sus ojos se encuentran. Él desea irse para escapar de la criatura que reclamaba a su padre, pero la mirada de la madre lo colma de fortaleza, haciéndolo volverse de nuevo hacia mí.

De pronto estoy cansado. Mis ojos se hunden pero no puedo dejarlos ir, de ese modo no. Levanto el brazo adolorido hacia él, mi hijo, pero se halla fuera de mi alcance. Mi boca se abre, haciéndole señas de que se aproxime con un gemido.

Él da un paso.

Después otro.

Al final está aquí. Mi mano acaricia su cara. Joven, fuerte... La deslizo con lentitud por su mejilla, luego por su cuello hasta que por último descansa sobre su pecho.

Mis ojos se cierran y escucho mientras el zumbido continúa, atravesando las paredes de mi mente.

Escucho.

Escucho y percibo.

Un latido.

Otro más.

Otro y otro.

El latir del corazón de mi hijo surge de su pecho a través de mi brazo y en mi cuerpo.

El zumbido se disipa y todo lo que oigo es:

Taaac - Taaa

Taaac - Taaac

Taaac - Taaac

El latido.

El latido.

El latido.

Mis ojos se abren lentamente y de nuevo mi boca se mueve para articular palabras.

Un siseo.

Un gemido.

Luego, finalmente, las palabras escapan.

—Los quiero. 